

## CAPÍTULO XXII.

RIVALIDAD DE FRANCIA Y DE LA CASA DE AUSTRIA. FRANCISCO I Y CARLOS V. TRATADOS DE MADRID Y DE CAMBRAY (1).

La rivalidad de Francisco I y de Carlos V es uno de los grandes hechos de los tiempos modernos. En rigor, esos dos ilustres rivales no parecen haber estado animados por ningún pensamiento profundo; ambos se sienten impulsados por la vanagloria; y las pasiones y las circunstancias los guían, con daño para la sana política. Francisco I no se resolvía nunca más que por motivos insignificantes; el fin de todas sus empresas fué la dominación de Italia. Pero, considerando la marcha providencial de la humanidad y el desarrollo de la civilización europea, su influencia fué mucho más considerable. En efecto, esas guerras salvaron la independencia de Europa, impidiendo que Carlos V ejerciese sobre todos los Estados la supremacía general á que la extensión de su poder le permitía aspirar.

§ I. — Desde el advenimiento de Francisco I hasta la derrota de Pavia (1515-1525).

**Estado de Francia al ocurrir el advenimiento de Francisco I.** — Los reyes de Francia habían tenido que luchar en los precedentes siglos contra el poder de los señores que los rodeaban, y sus esfuerzos habían tenido que dirigirse contra esa multitud de pequeños soberanos que el régimen feudal establecía, con grave daño para la seguridad del reino. Pero esa tarea estaba terminada desde la época de Luis XI; ya no había señor que pudiera considerarse como rival del rey, y mientras la nobleza había disminuído de ese modo en importancia, las clases inferiores del pueblo fueron ascendiendo, y colocándose naturalmente alrededor del poder real, único que les daba garantías de seguridad. Los municipios habían renunciado á sus privilegios para convertirse en ciudades del rey, y los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia y de España, consúltense: Robertson, *Historia de Carlos V*; Gaillard, *Historia de Francisco I*; Heeren, *Manual histórico del sistema político de los Estados de Europa y de sus colonias desde el descubrimiento de las Indias*; Ragón, *Historia moderna*; de Hammer, *Historia de los turcos otomanos*.

siervos que habían sido declarado libres en el momento mismo en que la burguesía ocupó un puesto en los grandes cuerpos del Estado, habían otorgado sus simpatías al poder real, autor de su liberación. Esos diversos progresos, al acercar unas á otras las diversas clases de la sociedad, habían producido la unidad y fuerza de la nación.

En vez de un país dividido y fraccionado en pequeñas soberanías independientes, existía entonces una Francia que se extendía desde el Océano á los Pirineos, y cuyos límites se hallaban perfectamente determinados al norte, al oeste y al sur. Para completar la defensa de sus fronteras y cerrarlas al extranjero, no quedaba más que recuperar el Rosellón, provincia del mediodía cedida torpemente al rey de España por Carlos VIII, y que fortificar la barrera del noroeste, ocupando el Franco Condado y el Artois, que descubrirían por esa parte al reino; ese será más tarde el fin que Luis XIV se propondrá en sus guerras.

De todos modos, la Francia moderna estaba ya formada. Cada provincia conserva aún sus costumbres, usos y leyes particulares; pero esas diversidades, consecuencia inevitable de sus divisiones anteriores, irán borrándose insensiblemente, hasta no quedar, del Pirineo al mar del Norte y de los Alpes al Océano más que una sola nación, sometida al mismo poder; los siervos, vasallos y soberanos serán reemplazados por el rey y el pueblo, cuya unión constituirá la gloria del país.

**Batalla de Mariñán (1515).** — Esa unión fué la que dió á Francisco I fuerzas bastantes para sostener honrosamente la lucha contra Carlos V, que dominaba sobre tantos países. Habíase creído á Francia agotada por sus últimas desgracias; pero la prudente administración de Luis XII había creado en el interior grandes recursos. Cuando la nación tuvo á su frente un príncipe ardoroso y bravo, en vez de un rey viejo y ya débil, recuperó de pronto toda su energía y brillo. Francisco I quiso inaugurar su reinado por una conquista. Como carecía de dinero, vendió algunos empleos, y pronto se halló en disposición de invadir el Milanesado con un ejército compuesto de 2500 lanzas, 20.000 vascos y 22.000 lansquenets.



Fernando, el emperador, los suizos y el duque de Milán habían formado una liga contra el joven príncipe. Pero los venecianos, aliados de éste, retuvieron á los españoles en el reino de Nápoles, y como el emperador Maximiliano se halló en la imposibilidad de marchar, resultó que Maximiliano Sforza, duque de Milán, no tuvo más defensores que los suizos. Las fuerzas helvéticas se habían apoderado de todos los desfiladeros de los Alpes; pero los franceses se desli-



Francisco I.

zaron á lo largo de un valle que les descubrió un campesino y avanzaron hasta Mariñán. Allí los atacaron los suizos sin artillería ni caballería, armados únicamente de picas y espadones. Ese combate terrible duró hasta mediados de la noche, y cuando las tinieblas impidieron á los combatientes luchar y perseguirse, cada cual conservó la posición que ocupaba. Francisco I durmió sobre la cureña de un cañón. Al día siguiente se reanudó la batalla con tanto encarnizamiento como la víspera. La artillería francesa devoraba los batallones enemigos, y ya empezaba á retroceder el ejército suizo, cuando el grito de ¡*San Marcos!* anunció la llegada de la vanguardia veneciana. Entoncez los suizos comprendieron la imposibilidad de seguir disputando el campo de batalla, y retrocediendo, se desbandaron por completo (13 de septiembre de 1515). El Milanésado cayó de nuevo en poder de Francia, y Maximiliano Sforza recibió una pensión anual de 30.000 escudos, como indemnización por las posesiones que perdía. El mariscal de Trivulce, que

había asistido á diez y ocho batallas, dijo que la de Mariñán fué *un combate de gigantes y las otras juegos de niños*. Francisco I, que acababa de ganar dignamente sus espuelas, quiso ser armado caballero por mano de Bayardo, inmediatamente después de la batalla.

**Paz perpetua con los suizos.** — Viéndose dueño del Milanésado, Francisco I no pensó en hacer revivir las pretensiones de sus antepasados sobre el reino de Nápoles; al contrario, tuvo el tino de limitarse á consolidar su conquista del norte de Italia, más bien que emprender otras nuevas. Queriendo atraerse á los suizos, firmó con ellos el tratado de Ginebra, que se ha llamado la *paz perpetua*, porque ha subsistido hasta nuestros días. Con arreglo á ese pacto, Francisco I se comprometió á pagarles una pensión anual de siete mil escudos, bajo la condición de poder efectuar entre ellos cuantas levadas de soldados quisiese. Esa cláusula unió la Suiza á Francia, y los guerreros helvéticos desempeñaron importantísimo papel en todas las luchas que el último de aquellos países tuvo que sostener en lo sucesivo.

**Concordato con León X (1516).** — Después de su victoria tuvo Francisco I una entrevista en Bolonia con León X; en ella firmaron un tratado (8 de diciembre de 1515) comprometiéndose á sostenerse mutuamente la defensa de sus dominios. El rey de Francia garantizó á los Médicis la posesión de Florencia, declarándose protector suyo, y el papa devolvió Parma y Plasencia, de que Julio II se apoderara por consecuencia de la batalla de Rávena. La *Pragmática Sanción* de Carlos VII, que había sido publicada sin el concurso del poder espiritual, y que por lo demás el concilio general de Letrán condenó, fué abandonada por Francisco I. El joven rey firmó con el papa, bajo el nombre de *concordato* (18 de agosto de 1516), un tratado que garantizaba á los dos poderes la integridad de sus derechos é independencia. Hubo, es verdad, vivas reclamaciones, tanto por parte del Parlamento, que quería someter la Iglesia al Estado, cuanto por la del clero, que se apasionaba por las llamadas libertades galicanas; pero Francisco I impuso silencio á todo el



mundo. Al cardenal de Boissy, que hablaba en nombre del clero, le dijo: « *Os enviaré á Roma á discutir con el papa* ». Y á las representaciones del Parlamento contestó: « *Soy rey de Francia y no admito que haya aquí un senado como en Venecia. Que el Parlamento se consagre á administrar justicia, y me deje dar la paz á mi reino.* » El poder real se mostraba, pues, absoluto; pero esa energía de autoridad era necesaria en el momento en que Lutero empezaba á predicar la rebelión contra la Iglesia. Si Francisco I hubiese comprendido siempre la necesidad que había de mantener la unidad en su reino, y si su política exterior no se hubiese hallado á menudo en contradicción con la interior, habría ahorrado á su patria numerosos males.

#### Francisco I aspira á la corona imperial. —

Desgraciadamente, la paz que esas diversas negociaciones hacían esperar, no debía ser muy duradera. Habiendo muerto Fernando el Católico (23 enero 1516), Carlos de Austria, ya rey de Castilla, soberano de los Países Bajos é Indias occidentales, agregó á sus posesiones Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. El nuevo soberano conocía las numerosas dificultades que iba á encontrar en la administración de esos Estados, que todos eran muy celosos de sus libertades y privilegios. Creyendo, con ese motivo, que su interés lo obligaba á estar por el momento en buenas relaciones con el rey de Francia, firmó con él un tratado en Noyon, (el 13 de agosto de 1516). Ese convenio establecía entre los dos monarcas una alianza defensiva y ofensiva, y otorgaba á Carlos V la mano de Luisa, hija de Francisco I, quien le cedía, á título de dote, todos sus pretendidos derechos sobre el reino de Nápoles, reclamando en cambio la restitución de la Navarra á la casa de Albret. Pero ninguna de esas condiciones fué cumplida. Carlos V se contentó con prodigar á Francisco I muestras de afecto y de amistad, llamándolo *mi suegro*; pero conservó la Navarra, y firmó con el rey de Inglaterra, Enrique VIII, y con el emperador Maximiliano el tratado de Londres (29 de octubre de 1516), que tendía á renovar las antiguas ligas contra Francia.

Durante más de dos años no ocurrió nada de parti-

cular, y Francisco I se ocupaba en un proyecto de cruzada contra los turcos, cuando la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania, cambió de pronto en Europa la faz de los asuntos públicos (11 de enero 1519). Viendo vacante la corona imperial, Francisco I puso en ella los ojos, en la esperanza de restaurar el imperio de Carlomagno, y entró en liza para disputar á Carlos V los votos de los electores. Éste, que por inmensa herencia acababa de agregar á sus dominios de los Países Bajos todos los reinos de Fernando é Isabel, no se había distinguido aún, es cierto, por ningún brillante hecho de armas; pero la extensión de sus Estados hacía que se le considerase como el príncipe más capaz de defender la Alemania contra los turcos. Queriendo ganarse los sufragios, Francisco I procuraba hacer olvidar esa consideración, repitiendo constantemente que la dignidad imperial era electiva, que convenía hacerla salir de la casa de Austria, y que además el imperio necesitaba un jefe vigoroso, experimentado, lleno de ardor y ánimo para resistir á Solimán.



Carlos V.

**Elección de Carlos V (1519).** — Por lo demás, los dos rivales, sin contar demasiado con las razones que alegaban, sembraron el oro á manos llenas para lograr la mayoría. Disgustados los electores por tal concurrencia, pensaron por un instante en no nombrar á ninguno de los dos, invistiendo con la autoridad suprema á Federico de Sajonia; pero ese príncipe mereció el sobrenombre de Prudente, que le ha dado la posteridad, al ceder á Carlos V el honor que le otorgaban (28 de junio de 1519). Antes de la elección, Francisco I había escrito á Carlos V una carta muy caballerosa, diciéndole



que no obstante proponerse ambos el mismo objetivo, y fuera cual fuese el resultado de la elección, esperaba que su amistad no se enfriaría. Pero cuando se vio engañado en sus esperanzas, cambió de sentimiento, y resolvió disputar al emperador electo la preponderancia en el sistema europeo.

**Fuerzas respectivas de los dos rivales.** — En efecto, el poder de Carlos V era á propósito para inquietar á Francisco I, y hasta para hacer temer por la libertad de Europa. Dueño de España, del reino de Nápoles, de los Países Bajos, de Austria y de una parte del Nuevo Mundo, el emperador, que con motivo afirmaba que el sol no se ponía en sus Estados, pudo pensar en la dominación universal. Pero sus posesiones se hallaban demasiado separadas para que le fuese dado realizar tan gigantesco proyecto, y los elementos que las componían eran muy heterogéneos. Los alemanes, los flamencos y los españoles no se cobijaban muy á gusto bajo la misma bandera, y sus genios eran demasiado opuestos para que consistieran en obedecer sin quejarse al mismo señor. Así fué que los flamencos murmuraron contra Carlos V cuando éste fué á recoger la herencia de Fernando, y los españoles se insurreccionaron al verlo gastar su oro en intrigas para lograr la corona imperial.

Francisco I poseía dominios menos extensos, pero Francia estaba unida y era fuerte. Sus ejércitos, testigos del valor del rey en Mariñán, le eran afectos hasta el último extremo. Á su alrededor tenía generales como los Lautrec, los Bonniwet y los Bayardo, capaces de hacerlo triunfar en el campo de batalla. Su desgracia fué no haber tenido en las negociaciones el tino y habilidad de su rival, con lo cual se dejó arrebatar todas las alianzas que podían haberle sido útiles. Mientras el rey de Francia sólo supo deslumbrar á Enrique VIII en la entrevista que celebró con él en el *campamento del Paño de oro* (7 de junio de 1520), entre Guines y Ardres, Carlos V supo convertir en aliado suyo al mismo soberano en Gravelines, gracias al cardenal Wolsey, su primer ministro. El emperador logró también atraerse á León X, que por algún tiempo vacilara entre los dos rivales.

**Batalla de la Bicoca (1522).** — La guerra estalló con motivo de una querrela surgida entre el señor de Aimerie y el príncipe de Chimay, de la casa de Croy, respecto de la posesión del pueblecillo de Hierge, en las Ardenes. El emperador tomó partido por el señor de Aimerie y Francisco I sostuvo al príncipe de Chimay. Francia se cubrió de tropas, y se mandó á España un ejército que obligase á Carlos V á devolver la Navarra á la casa de Albret, y sostener á los españoles, que acababan de alzarse en armas. Pero Ximénez de Cisneros deshizo á los rebeldes, y los franceses, vencidos en Esquirós, se vieron obligados á abandonar la Navarra.

En el norte tuvo análogo resultado la guerra. Los imperiales invadieron la Champaña, se apoderaron de Mouzón y se presentaron á poner sitio á Mézières.

En Italia, Lautrec, que se había hecho aborrecer por lo duro de su tiránico gobierno, tuvo que abandonar Milán y el Milanésado, ante la liga de los españoles, los florentinos y el duque de Mantua, renunciando así á la conquista fruto de la batalla de Mariñán. En ese momento murió León X, feliz al ver á Italia libre de sus invasores (1.º de diciembre de 1521). Carlos V dispuso entonces de la tiara en favor de su preceptor Adriano de Utrech, lo cual dió á su partido inmenso apoyo.

Sin embargo, Francisco I no perdió ánimos; reclutó en Suiza otro ejército, y envió ese refuerzo á Lautrec, que se había retirado al territorio veneciano; pero los helvéticos no tardaron en cansarse de una guerra en que no había dinero que ganar, ni mandobles que distribuir. Así fué que reclamaron *dinero, licencia ó pelea*, y obligaron á Lautrec á atacar, muy contra su voluntad, á Próspero Colonna, quien se había atrincherado en una invulnerable posición en la Bicoca (29 de abril de 1522). « Esa Bicoca, dice Martín del Bellay, era la casa de un gentilhomme, rodeada por grandes fosos, y de tan gran contorno que era suficiente para hacer entrar 20.000 hombres en línea de batalla. » La lucha fué violenta y encarnizada; los suizos hicieron prodigios de valor, pero Colonna los aniquiló desde lo alto de sus murallas, riéndose de tan inútil



bravura. En el campo quedaron veintidós capitanes suizos, así como muchos nobles franceses, y Lautrec tuvo que evacuar el Milanésado. Cansada Venecia de sostener sola el peso de la guerra, abandonó también el partido francés, é Italia quedó completamente perdida para Francisco I.

**Traición de Borbón.** — En el momento en que Francia veía á sus aliados del exterior separarse de ella, los que la dirigían le creaban por sus malas pasiones terribles enemigos interiores. Francisco I había humillado al condestable de Borbón en la guerra de los Países Bajos dando el mando de la vanguardia al conde de Alençon.



Bayardo.

Irritólo además por una injusticiá privándole del Borbonesado, de Auvernia, de la Marca, el Forez y el Beaujolais, que su mujer le legara por testamento. Queriendo vengarse, el duque se rebeló y propuso al extranjero el reparto de Francia. El plan era añadir á sus dominios el Delfinado y la Provenza, repartiéndose el resto entre Enrique VIII y Carlos V.

Al pasarse á los españoles, Borbón no encontró todas las ventajas con que soñara. Carlos V hizo de él un simple general, colocándole á las órdenes de Pescara en los ejércitos de Italia. Sin embargo, el condestable no tuvo motivos durante algún tiempo para arrepentirse de su traición. Los franceses mandados por Bonnavet fueron deshechos en la Biagrasso (24 de abril 1524). Habiendo quedado gravemente herido Bonnavet, Bayardo tomó el mando para dirigir la retirada. Pero el ilustre caballero no tardó en sucumbir á su vez al cargar á los imperiales. Herido por un tiro de arcabuz, hizo que lo recostaran junto á un árbol, vuelto el rostro á sus enemigos. « Sus pobres servidores domésticos, dice el cronista, estaban todos tran-

sidos de dolor, y entre ellos su pobre despensero, que no lo abandonó, y á quien hizo Bayardo su confesión, por no haber á mano ningún sacerdote. El pobre gentilhomme lloraba al ver á su servidor tan apesadumbrado porque no había remedio; pero lo consolaba suavemente diciéndole : « Santiago, amigo mío, no te apesadumbres, pues Dios quiere sacarme de este mundo, donde he residido largo tiempo por su gracia, y donde he recibido más bienes y honores de los que me correspondían; todo lo que siento al morir es que no he cumplido con mi obligación tan bien como debía; ruego al Creador que tenga piedad de mi alma en su



Bayardo y el condestable de Borbón.

infinita misericordia, y espero que lo hará. » Y como entonces se presentara un sacerdote, Bayardo recibió los auxilios de la religión con admirable piedad. En eso acertó á pasar el condestable de Borbón cerca del árbol donde agonizaba el buen caballero, y al verlo, le dijo : « ¡ Ah, señor de Bayardo, cuánto siento veros en ese estado, por haber sido tan virtuoso caballero ! — Señor, replicó el moribundo, no hay que tenerme lástima, pues muero como hombre de bien; pero yo os la tengo, al veros servir contra vuestro príncipe, vuestra patria y vuestro juramento. » Poco después de pronunciar esas admirables palabras, entregó á Dios su alma el buen caballero (30 abril 1524).



**Batalla de Pavía (1525).** — Después de la batalla de Biagrosso, el duque de Borbón excitó á los imperiales á penetrar en Francia. Así lo hicieron, empezando por poner sitio á Marsella. El condestable había dicho : « Tres cañonazos bastarán para arrojar á vuestros pies á esos tímidos burgueses, con las llaves de su ciudad en la mano, y la soga al cuello. » Pero esa profecía no se realizó. Marsella resistió valerosamente (julio 1524), y hubo que retroceder ante Francisco I, que acudía al frente de poderoso ejército. Viendo el rey de Francia que sus enemigos se retiraban al acercarse él, no pudo contenerse y penetró siguiéndolos en Italia, para vengar sus anteriores desastres. Así llegó hasta las puertas de Pavía, á la que puso sitio. Entonces cometió la imprudencia de separar de sus tropas un cuerpo de ejército, enviándolo á hacer la conquista del reino de Nápoles. Cuando hubo debilitado sus fuerzas de esa manera, los imperiales, á quienes el condestable de Borbón acababa de reforzar con 12.000 lansquenets, le presentaron la batalla (24 de febrero de 1525). Francisco I creyó empeñado su honor, y no quiso retroceder. El combate fué igualmente encarnizado por ambas partes, hasta que, habiendo cedido los suizos, no tardaron los franceses en imitarlos. Francisco I cayó en manos de Pescara, virrey de Nápoles, que lo guardó prisionero. Desde el campamento imperial escribió el rey de Francia á su madre una carta en que se halla la expresión siguiente : « De todas las cosas sólo me ha quedado el honor, y la vida que está en salvo. » La tradición ha alterado esa frase, dándole la siguiente forma de sublime laconismo : « Señora, todo se ha perdido, menos el honor. »

§ II. — *Desde el cautiverio de Francisco I hasta el tratado de Cambray (1525-1529)*

**Cautiverio de Francisco I (1525-1526).** — Cuando Carlos V supo que su rival se hallaba prisionero, mostró gran moderación, pero al mismo tiempo resolvió aprovechar el acontecimiento en beneficio de sus planes. A fuer de político astuto y sagaz, afectó para con el desdichado monarca gran orgullo, negándose á

verlo, y esperando á fuerza de altanería lograr que comprase á cualquier precio su libertad. Francisco I cayó enfermo de pesar. Entonces Carlos V fué á visitarlo, y lo colmó de atenciones, tal vez por temor á que la muerte se lo arrebatara; pero así que lo vió restablecido, lo ofendió de nuevo con su altanería y arrogancia. Francisco I desesperado abdicó en poder de su hijo, pero sus amigos lograron persuadirlo de que podía, en bien de su reino, hacer el sacrificio de su lealtad tratándose de tan terrible adversario, firmando, sin intentos de cumplirlo, el tratado que le impusiera.

**Tratado de Madrid (1526).** — En ese pacto, que se firmó en Madrid, renunció Francisco I á todas sus pretensiones sobre Italia, se comprometió á reparar el daño hecho al duque de Borbón, abandonó todos sus derechos de soberanía sobre la Borgoña, la Flandes y el Artois, y prometió pagar al rey de Inglaterra 500.000 escudos que el emperador le debía. En garantía de su fidelidad, dejó como rehenes á sus dos hijos, Francisco y Enrique.

**Se reanudan las hostilidades (1526).** — Francisco I firmó ese pacto protestando contra la violencia á que se le sometía. Vuelto á la tierra de Francia, exclamó transportado de júbilo : « ¡ Aún soy rey ! » Luego preguntó á los borgoñones si querían obedecerle ó pasar bajo la dominación de un extranjero; los Estados de esa provincia respondieron, en medio de unánimes aclamaciones, que eran franceses de corazón y que el rey no podía cederlos sin su consentimiento. Carlos V, al ver frustrados sus planes, sólo pensó en recomenzar la guerra. El papa Clemente VII, el rey de Inglaterra, los suizos, los venecianos y los florentinos, se declararon por Francisco I. Desgraciadamente, esa liga formidable (llamada *liga clementina*) no procedió con bastante concierto. Borbón, que se hallaba en Italia, cayó sobre el Milanesado con la rapidez del águila, y llevó en seguida contra Roma sus bandas indisciplinadas.

**Saco de Roma (6 de mayo de 1527).** — Esas bandas no eran más que un tropel de hombres de todas las nacionalidades, entre los cuales se contaban algunos luteranos fanáticos y furiosos. Al ver las torres del



Vaticano, esos bandidos lanzaron gritos de odio y se lanzaron frenéticos al asalto. Borbón, que los dirigía, cayó herido mortalmente de un tiro de arcabuz, pero la rabia cegaba tanto á los imperiales que en el primer momento ni siquiera notaron la pérdida de su jefe. Durante dos meses estuvo sometida á saco la ciudad eterna, cometiéndose en ella más horrores de los que realizaran vándalos y visigodos. Clemente VII se constituyó prisionero de los vencedores, quienes le impusieron por su rescate sumas inmensas.

**Equivoca conducta de Carlos V.** — Toda Europa se indignó al tener noticia de esos repugnantes excesos. Carlos V se alegró, por el contrario; mas, para no ir contra la opinión general, mostró exteriormente gran dolor. Hizo que toda su corte vistiera de luto, á pesar del nacimiento de su hijo Felipe, y ordenó rogativas públicas en favor de la liberación del pontífice, cuando una sola palabra de su boca habría bastado para romper sus cadenas. Pero esas hipócritas demostraciones no engañaron á nadie.

**Lautrec y Doria (1528).** — Francisco I y Enrique VIII declararon la guerra al emperador, y el ejército francés, al mando de Lautrec, penetró de nuevo en Italia. Alejandría, Pavía, y la mayor parte de las ciudades del Milanesado se sometieron. Esas fuerzas marcharon después sobre Roma, y Lautrec pensó hasta en conquistar el reino de Nápoles. Sitió en efecto su capital; pero el genovés Andrea Doria, descontento de Francisco I, que le había prodigado las afrentas y las injusticias, se hizo á la mar con sus galeras para sostener á los napolitanos. Logró hacer entrar víveres en su ciudad y sembró la peste en el campamento de los sitiadores. Lautrec murió de ella (1528), y entonces Francisco I se decidió á hacer la paz.

**Tratado de Cambrai (1529).** — Carlos V la deseaba también, pues los turcos y los protestantes lo traían intranquilo en Alemania. Fué firmada en Cambrai. Francisco I renovó en ese pacto todas las cláusulas del de Madrid, si bien conservando la Borgoña. En cambio, debía pagar 200.000 escudos de oro como rescate de sus hijos. Ese acto se llamó *Paz de las Damas*, porque la negociación la hicieron Margarita de

Austria en nombre del emperador, y Luisa de Saboya en el del rey de Francia.

*Resumen de este capítulo.* — I. Al ocurrir el advenimiento de Francisco I estaba vencido en Francia el feudalismo, y la edad media había dejado su puesto á la moderna. Ese príncipe dió principio á su reinado con la brillante victoria de Mariñán, que ganó sobre los suizos (1515) y que le valió la conquista del Milanesado. Bayardo lo armó caballero en ese glorioso campo de batalla. Francisco I tuvo la prudencia de contentarse con la posesión del Milanesado y la de unir los suizos á Francia por medio de una de las cláusulas de la paz perpetua, que firmó con ellos. Después celebró en Bolonia una entrevista con el papa León X, firmando con él un *concordato* que puso término á las divisiones que hemos visto surgir entre los dos poderes, durante el reinado de Luis XII (1526). Habiendo muerto Fernando de España (23 de enero 1516), su heredero Carlos V añadió el Aragón, la Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña á los posesiones que ya poseía, y que abrazaban Castilla, los Países Bajos y las Indias occidentales. Francisco I pactó con él un tratado, el de Noyón, que consolidó la paz (13 de agosto de 1516), pero cuando murió Maximiliano (1519) la corona imperial de Alemania tentó la ambición de los dos rivales. Carlos V fué elegido, y la guerra no tardó en estallar entre ambos soberanos. Francisco I poseía dominios menos extensos, pero más compactos que los de su rival. Los primeros hechos de armas fueron favorables á Carlos. Los ejércitos franceses quedaron vencidos en España, al norte de Francia y en Italia. Después de la batalla de la Bicoca, Francisco I perdió de un golpe el Milanesado. Descontento el condestable de Borbón de Francisco I, aprovechó ese momento en que Francia se veía sin aliados, para pasarse al bando imperial. Su objeto era dividir el reino de Francisco I en varias partes y quedarse con algunas de ellas. Habiendo sido derrotados los franceses en Biagraso (1524), el condestable excitó á los imperiales á penetrar en Francia; pero tuvieron que retirarse ante un ejército guiado por Francisco I. Este príncipe los persiguió dentro de Italia, y acabó por ser vencido y hecho prisionero en Pavía (1525).

II. Francisco fué llevado á Madrid, donde, al cabo de un año de cautiverio, firmó cuantas condiciones quiso imponerle su rival. Pero así que se vió libre, se puso al frente de una liga compuesta por el rey de Inglaterra, los suizos, los venecianos, los florentinos y el papa, y recomenzó las hostilidades. El condestable de Borbón se precipitó en seguida sobre Italia y fué á dar el asalto de Roma, donde murió; la ciudad fué puesta á saco (1627). Carlos V pareció deplorar en público esos excesos que en secreto aprobaba. Lautrec penetró en Italia otra vez, obtuvo grandes triunfos en el Milanesado, y quiso llevar á cabo la conquista del reino de Nápoles, que hubiera infaliblemente realizado, si no le impidiera el genovés Andrea Doria. Después de esos diversos sucesos, se firmó la paz en Cambrai. Llamóse *Paz de las Damas*, porque la negociaron Margarita de Austria y Luisa de Saboya (1529).